

desprendimiento de todo afecto humano y de todo humano consuelo. Tampoco siente destino para su alma; y como si fuera en verdad una criatura extraña y maldita, fuera del orden cósmico, su aspiración suprema, su suprema invocación, es desaparecer, aniquilarse.

De todas las almas femeninas que la poesía ha revelado en América, la de María Eugenia es, tal vez, la más trágica. Más que la de Delmira Agustini y más que la de Gabriela Mistral; pues si Delmira es el tormento del sublime amor nunca alcanzado, cuyos ardientes ojos sonámbulos aman más la profundidad del sueño que la realidad de los días; si Gabriela Mistral es el alma que ha triunfado de la tragedia del amor purificándose en una transfiguración mística, María Eugenia es la desolación del amor encerrado, en una torre de orgullo, la tristeza de la carne convertida en cenizas mortuorias sin haber sido llama.

Delmira pide a la vida la realidad quimérica de su sueño, el más intenso sorbo que guarda en su copa vedada; Gabriela, espíritu libertado de todo egoísmo, mano ungida de bálsamos evangélicos, trueca su dolor en amor a sus semejantes; María Eugenia, sólo quiere la muerte, la eterna noche "muda y sin pupila".

En el ardiente suelo donde se abren "Los Cálizos Vacíos", país de volcánicas montañas y de selvas oscuras, se sienten los fragores del huracán y las furias de las bacantes; en el camino áspero de "Desolación", árida cuesta pedregosa en que los pies sangran, brilla el haz de luces de lo alto, que cegó a Pablo en el camino de Damasco. Pero en el de-

sierto por donde María Eugenia camina sin rumbo ni esperanza, "en un perpetuo afán contradictorio", sólo existe la soledad. . . "La Isla de los Cánticos" es una isla desierta, sin más horizontes que la infinitud monótona del mar y la eternidad muda del cielo.

Exteriormente, profesaba la religión católica. Llevaba consigo medallas y escapularios; concurría fielmente a los actos del templo; integraba congregaciones; se confesaba y comulgaba con frecuencia.

Pero, ¿era real su catolicismo? . . . Difícil establecer con certidumbre este punto. "La Isla de los Cánticos" no contiene un solo verso católico; ni su fe se transparenta e ilumina en ninguna de sus imágenes, al modo como la luz traspasa los vitrales historiados; más aún, el desolado pesimismo de su poesía es la negación tácita de toda fe religiosa.

No era preciso, ciertamente, que, en testimonio de su fe, escribiera como Santa Teresa sabias estrofas teológicas, ni entonara, como Verlaine, ambiguas letanías a la Virgen. Podría no exigirsele, en fin, poesía mística; pero, ¿cómo podría admitirse que existiera la fe donde no hay rastros espirituales de ella, donde todo es soledad, desesperanza, desconsuelo, deseo de aniquilamiento, vacío y negrura absolutos, es decir, ausencia de Dios. . . ? Es chocante constatar que, precisamente en los versos de una poetisa católica, es donde se halla menos sentimiento religioso, y en cambio, más orgullo egotista y más desierto horizonte. La poetisa llevaba crucifijo de oro sobre su pecho; pero el espíritu de la cruz no está en sus versos. La muerte que ella invoca, no es el camino al más allá de las esperanzas celestes: es una sombra total y eterna, es la muerte materialista, "sin clave y sin fulgor de redenciones".